

Escena

Un espacio pequeño. Sillas dispuestas en el centro, con los espectadores rodeando la escena o sentados entre las sillas. La actriz, **Ayelen**, se mueve en los márgenes, ocupando las cuatro coordenadas del espacio.

Ayelen

Entra. Se detiene en el centro y observa el espacio. Toma una silla del medio y la mueve al lugar donde se ubicará la figura de la Tía Clelia. Coloca un chal negro sobre la silla.

En el medio de todo, llenándolo todo con su presencia, su alegría, su perspicacia, sus piernas gigantes y su corazón más gigante que su cuerpo de 90, a veces 85 y a veces 110 kilos. Y su voz de soprano de ópera: la Tía Clelia.

Ayelen saca el grabador y lo enciende.

La Tía siempre fue de contextura grande. Y fue haciéndose más grande con los años. Tenía algo que, según los médicos, era retención de líquidos. Según Google, elefantosis. Sus piernas eran gigantes, y a veces se le abrían y salía líquido.

Hace una pausa. Mira al público.

Por eso, y por pereza, fue dejando de caminar. Cuando busco un recuerdo de la Tía, ya no la puedo imaginar caminando normal. Solo la recuerdo con bastón o con andador.

Le poníamos sillas en el camino para que descansara cada diez pasos, porque se ahogaba.

Ayelen saca el chal, descubre el grabador.

La Tía Clelia es mi tía abuela, la hermana de mi abuelo Miguel, el papá de mi mamá. Nació el 9 de diciembre de 1930, en Buenos Aires, hija de calabreses. Vivió en el barrio de Pompeya.

Enciende el grabador y busca una estación de tango. Comienza a cantar suavemente.

" Sur... paredón y después... Sur... una luz de almacén..."

Hace una pausa, deja de cantar y habla directamente al público."

Yo no conocí a mi abuela, que como les dije, murió muy joven. La Tía Clelia fue quien cuidó de mi mamá, mi tío y de nosotros, como una abuela.

Señala un punto en el espacio, recreando la disposición de la casa de la Tía Clelia.

No recuerdo a la Tía caminando, pero lo que sí recuerdo muy bien es su casa. Vivía enfrente de la nuestra. Desde su ventana, podía ver nuestra casa.

Señala diferentes áreas como si estuviera describiendo la casa.

Por aquí se entraba... Allí estaba la cocina, y el pequeño baño... Y aquí, la mesa. Siempre llena de cosas: papeles, billetes de lotería, lanas, agujas, trabajos a medio terminar. Y, por supuesto, una azucarera, una yerbera, galletitas y el mate.

Señala el lugar del mate y lo comparte con el público.
¿Quieren mate?

Apaga el grabador.

La Tía tenía una historia... Una memoria envidiable. Hasta que murió, recordaba fechas de nacimiento y muerte de todos, incluso de sus abuelos.

Hace una pausa. Observa al público y añade con nostalgia.

Tenía muchas amigas: Irma, Gladys, Emilia, Anna. Se asomaban a su ventana gritando: "¡Clelia!". Y se quedaban horas chusmeando.

Imita brevemente el gesto de colgar una bolsita en una silla.

Siempre llevaba una bolsita. Allí guardaba lanas, sopas de letras para entrenar su memoria, y su grabador, que ponía sobre la mesa.

Enciende nuevamente el grabador.

La Tía quería ser cantante de ópera. Desde niña cantaba en actos escolares. Pero a los 12 años, le dijeron que de la música no se comía. Aprendió corte y confección, trabajó, pero siguió cantando. En la iglesia del barrio cantaba el Ave María en los casamientos.

Hace una pausa larga, apaga el grabador y lo cubre nuevamente con el chal negro.

La Tía Clelia fue todo amor. Pero también todo silencio. Guardaba cosas para no pelear... Creo que por eso tenía esas piernas. Por no decir.

Cuando el Tío Sixto enfermó, la Tía no pudo con eso. Y empezó a tomar pastillas de más.

Pausa

La llevaron al geriátrico. Allí estuvo 20 años. Era la reina. Todos la conocían. Se hizo amigas nuevas, vio morir gente, y siguió viviendo. Murió a los 93 años, el 5 de mayo de 2024. Un día después de mi cumpleaños. Murió como quería: en su cama.

Cubre el grabador con el chal negro.